

Era el segundo matrimonio para ambos. Eleanor y Frank estaban decididos a no repetir los errores del anterior. Por primera vez, los dos estaban ganando bastante dinero (él en un estudio de grabación como ingeniero jefe de sonido, ella como publicista de una editorial). Durante la semana trabajaban mucho y no interferían el uno con el otro. Los fines de semana jugueteaban: pasaban las mañanas de los sábados y los domingos en una cama redonda con un cubrecama de satén, y luego deambulaban por Smith Street o por Atlantic Avenue, en Brooklyn, en busca de muebles para la casa o de antigüedades. A Frank le gustaba comprar «monstruosidades»: piezas de armadura, marionetas, viejos carteles de neón.

Empezaron a desembarazarse, al principio con timidez y luego una por una, como si de un *striptease* se tratara, con mayor desenvoltura, de todas las frugalidades de sus anteriores matrimonios, cuando Eleanor estaba casada con un músico de *jazz* y Frank tenía

que mantener a una familia de cuatro personas. Compraban el vino por cajas y la ternera al por mayor, comían filetes de media vaca que tenían guardada en un enorme congelador en el sótano, recibían con frecuencia a su círculo de amigos, ofrecían cenas y a menudo tenían un invitado viviendo en el apartamento del último piso de un edificio de ladrillo marrón de su propiedad ubicado en una calle muy tranquila de Cobble Hill.

Aquella casa de ladrillo marrón había sido su mayor y más turbadora extravagancia. La idea de adelantar tanto dinero, de comprar un terreno, iba en contra de todo su pasado. ¿De verdad querían marcharse del centro de Manhattan y vivir en el lejano Brooklyn? Pero la calle era tan encantadora, con sus macetas de flores, sus ginkgos y las anticuadas farolas de la época del gas, que estuvieron dispuestos a ajustarse el cinturón, durante años, si era necesario, para cumplir con los pagos de la hipoteca y costear las reformas. Pasaron una semana sufriendo, indecisos (y habría sido más si el agente inmobiliario no les hubiese dejado claro que había otras personas interesadas), y luego dijeron: «¡Oh!, ¿por qué no?».

Lo que terminó de decidirles fue que la casa tenía suficientes dormitorios para que los dos hijos de Frank pudieran quedarse cuando fuesen de visita, y también uno para Cara, la hija de catorce años de Eleanor, fruto de su primer matrimonio. Cara estaba pasando el verano en un campamento de hípica, pero normalmente vivía con ellos. Los hijos de Frank, Theo y Jared,

vivían con su madre, pero a Frank le gustaba que los chicos considerasen la casa de ladrillo marrón su segundo hogar, un sitio adonde podían ir siempre que necesitasen descansar de su madre. La pareja fantaseaba no sólo con las largas visitas que les harían sus hijos cuando fuesen mayores, sino con el creciente número de amigos de sus hijos y de gente de su propia edad, una mezcla de viejos y jóvenes, una benévola confusión de familia e invitados, para prevenir la esterilidad de esa intimidad parasítica y excesiva en la que es fácil que caigan las parejas casadas, como sabían muy bien por la experiencia de sus anteriores matrimonios.

Frank tenía cuarenta y ocho años, Eleanor, treinta y nueve. Frank era más bien bajo. En otro tiempo le habría gustado ser más alto, pero tenía un perfil leonino y unos hombros propios de un estibador. Se le podía detectar en medio de cualquier multitud por la cabeza grande y poderosa que sobresalía orgullosa de los pliegues de sus jerseys de cuello alto. Sentía debilidad por los jerseys de lana de cuello alto y los *blazers* de color azul marino. Tenía el pelo negro, espeso y vetado de hilos grises, más largo que la mayoría de los hombres de su edad, lo que simbolizaba su constante apoyo al movimiento pacifista, la hierba, el sexo y el *rock and roll*. Antes llevaba cadenas de oro o amuletos alrededor del cuello, pero la cosa acabó yéndosele de las manos: los más jóvenes del estudio empezaron a regalarle cadenas y collares, y aunque él trató de quitárselos de encima regalándoselos a Eleanor como

si fueran presentes amorosos, ella no quiso ninguno. Eleanor tenía un gusto propio y austero para las joyas. Prefería llevar alrededor del cuello un sencillo cordón de oro que no se quitaba nunca, ni siquiera para hacer el amor.

La belleza de Eleanor poseía cierta cualidad eficiente. Era corpulenta pero tenía buen tipo. La ropa le sentaba bien. Tenía mofletes gruesos y fotogénicos. Cuando Frank la conoció —ella todavía estaba casada con Randy, aquel músico de *jazz* medio chiflado— pesaba cinco kilos menos y era inquietantemente guapa. La gente se quedaba pasmada al conocerla. Parecía un tanto alocada: llevaba el pelo corto como un chico, mucho antes de que lo hiciera todo el mundo, e iba al trabajo en moto. Frank se había sentido atraído por Eleanor, como todos, pero también un poco intimidado. Luego, años más tarde, se enteró de que había sufrido un accidente de moto. Para entonces Frank se había separado de Estelle, su primera mujer. Quiso enviarle un telegrama deseándole una rápida recuperación, pero se sintió un poco hipócrita porque sabía que su verdadero motivo no era tanto la conmiseración como la seducción. Frank seguía teniendo la esperanza de que el Destino organizaría un encuentro accidental entre ellos. Pero el Destino se negaba a cooperar. Por fin reunió ánimos para llamarla y preguntarle si le gustaría quedar una noche para tomar una copa. Ella aceptó. Fue su primer encuentro en varios años y Eleanor tenía un aspecto muy diferente. En pri-

mer lugar, llevaba largo el cabello color castaño. Pero había algo más. Había engordado un poco y le sentaba bien. No obstante tampoco era eso. Tenía que ser otra cosa. Ella le contó que se había roto la nariz en el accidente. ¡Eso era! Ahora su cara le gustaba todavía más, tenía más carácter. Se casaron en menos de seis meses. Los dos eran lo bastante mayorcitos para saber lo que querían. Eleanor ya no pretendía ser tan alocada, o eso parecía. Su voz se había vuelto fresca, alegre y práctica. Durante la semana se vestía con elegancia para ir a la oficina y los fines de semana se ponía cualquier cosa. A Frank le parecía atractiva incluso con su ropa desaliñada de los fines de semana. Pero ahora era el atractivo contenido de la madurez, no la locura bulliciosa y juguetona de sus viejos días bohemios. Al referirse a esa época, nunca decía: «Cuando estaba casada con otro» ni «Cuando vivía con un músico de jazz», sino «Cuando llevaba el pelo corto».

Era sábado por la mañana.

A ambos les gustaba tener un rato la cama para ellos solos, así que se turnaban para levantarse antes. Ese sábado de julio Eleanor había sido la primera en ir a darse una ducha. Oyó a alguien en la cocina. Debía de ser Golo.

Golo era un periodista polaco de unos cuarenta años, muy amable y apuesto, que se alojaba en su casa siempre que pasaba por Nueva York. Como muchos corres-